



CAPITULO XXIII

¡PARA LA ETERNIDAD!

La tarde misma en que tuvieron lugar los sucesos que acabamos de referir llamó un hombre á la puerta de la habitación del Doctor.

Era el cartero, que entregó una carta que había venido por el correo de México.

El Doctor, que velaba al lado de Clemencia, fué llamado por Don Esteban, que hacía dos días había ido á hacerle compañía y acababa de recibir la carta.

Estaba dirigida á Clemencia, bajo un sobre rotulado al Doctor.

—¿Qué haremos con esta carta?, porque en el estado en que mi hija se encuentra, le es imposible leerla, preguntó

el anciano que se había quedado pensativo con la carta en la mano.

—Yo creo, observó Don Esteban, que la impresión que le haga esta carta, debe más bien serle provechosa que dañosa.

—Es verdad, amigo mío, dice usted muy bien, le daremos esta carta, la primera que recibe después de un año de silencio, ¿por qué privarla de esta última satisfacción, cuando acaso mañana ó esta noche, ¡Dios mío!, todo habrá concluído para ella?, exclamó el Doctor entre sollozos, penetrando seguido de su amigo, en el aposento de la moribunda Clemencia.

La joven estaba reclinada sobre su lecho.

Una palidez más profunda, una mirada más apagada, una sonrisa más triste, es la única diferencia que encontraremos en su rostro, que contemplamos hace pocos días.

Sin embargo, en su fisonomía se podían leer esos signos misteriosos, que sin saber en lo que consisten precisamente, indican no obstante con bastante seguridad una muerte próxima, por más animados que estén los enfermos.

—Hija mía, dijo el Doctor, esta carta acaba de llegar para tí y viene de México. ¿quieres leerla tú?

Clemencia abrió los ojos, que tenía cerrados á pesar de no estar dormida, al

escuchar estas palabras de su padre, se sonrió, con una triste sonrisa por cierto, como si fuese un acontecimiento demasiado natural el que le anunciaba, y alargó su descarnada mano para recibir la carta.

Entre Don Esteban y el Doctor incorporaron sobre su lecho á Clemencia, y aproximó el primero la bujía que alumbraba la habitación.

Clemencia abrió lentamente la carta, recorrió violentamente las pocas líneas que la componían, y se desmayó.

Era la carta que hemos visto escribir tan arrepentido á Fernando, y bien se comprende el efecto que sus palabras debían causar sobre el ánima enferma de la pobre niña.

El Doctor lanzó un grito, y apoderándose de la carta, recorrió violentamente su contenido.

Al cabo de un momento, Clemencia abrió los ojos, volviendo en sí por las esencias que el Doctor le hacía respirar.

Volvió á pedirle la carta con un signo de cabeza, la volvió á leer con una triste lentitud, y cuando hubo concluído, con los ojos arrasados de lágrimas, besó la firma y guardó el papel en su seno.

Después sollozó un rato, y en su rostro ajado por la enfermedad, se pintó una esperanza dulce, una fe intensa, una re-

signación sublime, resignación de mártir.

Después, volviéndose al Doctor, dijo con acento tranquilo, vagando por sus labios una sonrisa de melancólica satisfacción:

—Ya lo ve usted, padre mío!, aunque tarde, llega al fin.

—Sí, y acaso dentro de un momento se encuentre á nuestro lado, dijo el Doctor.

—Dios nos lo había quitado, y Dios nos lo vuelve, exclamó Don Esteban con emoción.

—Pero es inútil; es una lástima en verdad que llegue tan tarde; en vez de una amante se va á encontrar con una moribunda, murmuró tristemente Clemencia.

El Doctor y Don Esteban guardaron silencio.

—Procura reposar un momento; ¡hija mía!, dijo aquél.

—Estoy tan tranquila!, me siento tan bien en este momento, que hasta me parece que puedo respirar más libremente, continuó Clemencia.

El Doctor se entristeció; por el contrario, hacía poco había auscultado el pecho de su hija y había notado con espanto los progresos del mal en el pulmón derecho.

Y después de haber dejado caer las cortinas del lecho de Clemencia, los dos amigos se salieron en silencio del aposento.

Serían las diez de la noche, cuando el Doctor y Don Esteban, que permanecían silenciosos en la pieza inmediata á la de Clemencia, que acababa de quedarse dormida, oyeron llamar fuertemente á la puerta.

Ambos se estremecieron, y por un instinto de amor de padres corrieron á abrir.....

—¡Mi hijo!

—¡Fernando!

—¡Padre mío!

Este triple grito se confundió en uno solo.

Era, en efecto, Fernando, pálido, desencajado, anhelante, que se precipitó en los brazos de su padre.

Gil Gómez se quedó confundido en la sombra.

—¡Hijo!, ¡hijo de mi corazón!, por fin te vuelvo á ver después de tanto tiempo, exclamaba sollozando Don Esteban.

—¡Perdón, padre mío, perdón! por los pesares que he podido causar á usted, decía no menos conmovido Fernando.

Y padre é hijo se volvían á estrechar conmovidos.

Pasados los primeros transportes, en tanto que Fernando estrechaba la mano

del Doctor, Gil Gómez, que como hemos dicho, se había quedado en la sombra, contemplando mudo aquella escena en que se mezclaban tanto el dolor y el placer, se adelantó á Don Esteban y cayó de rodillas á sus pies, exclamando:

—¡Perdón! ¡padre mío!, ¡perdón!

—¡Gil Gómez! murmuró sorprendido Don Esteban al reconocerle.

—Sí, su hijo de usted, que viene solo á implorar su perdón, para volver á partir; su hijo de usted que le ha abandonado hace dos años, como un ingrato, para correr detrás de su hermano.

—Levanta, ¡hijo mío!, yo te perdono y he escuchado pronunciar tu nombre como el de un valiente y como el de un hombre honrado, dijo Don Esteban afectuosamente, levantando del suelo á Gil Gómez.

¡Todos parecían tan felices!

¡Ay! aquella ilusión de felicidad había de ser tan pasajera, tan pasajera, como esos celajes de verano que aparecen un instante en el cielo y se disipan al soplo del viento.

Florencio del Castillo ha hecho comprender todo lo ilusorio de los placeres terrestres, toda la triste esperanza de un dolor sin tregua, dejando caer solo estas dos palabras:

¡Hasta el cielo!

¡Pobre humanidad! ¡perder la felicidad en el momento de alcanzarla!

¡Hé aquí tu destino!

Al cabo de un momento, Fernando, dirigiéndose al Doctor, le dijo con tristeza:

—¿Y Clemencia?

El Doctor no contestó, movió desalentadamente la cabeza y poniendo su dedo sobre sus labios, condujo al joven hasta la puerta de la habitación de su hija.

Don Esteban y Gil Gómez permanecieron mudos.

Fernando siguió al Doctor en silencio.

Abrió éste sin hacer ruido la puerta, se acercó al lecho de Clemencia que estaba dormida y entreabriendo el cortinaje, se la mostró con una señal.

Al contemplar aquel rostro apacible, todavía bello á pesar de la enfermedad, tan doliente y tan sereno, al contemplar aquel rostro querido que traía consigo todo un mundo de recuerdos, de ilusiones, de tiempos mejores ya perdidos en la noche del dolor; aquel rostro que era la expresión de una esperanza, el signo de un remordimiento, la imagen más patética y más viva de un pesar sin límites, Fernando lanzó un grito que era al mismo tiempo un gemido y una queja, una ilusión y una acusación contra sí mismo y cayó de rodillas al borde del lecho, tomando entre las suyas las pálidas manos de Clemencia.

Al grito, abrió ésta los ojos y al mi-

rar á la tenue y dudosa luz que despedía la lámpara de la habitación, á una figura llorosa y anhelante á su lado, comprendió más bien que miró quién era.

Un último estremecimiento de vida circuló por aquel cuerpo ya casi muerto, reunió todas sus fuerzas para incorporarse en el lecho, sus ojos brillaron con una expresión sublime de entusiasmo, último reflejo de una pasión desdichada, postrer luz de una lámpara que se apaga, primer flor que brota en un sepulcro, y cayó en brazos del joven, profiriendo entre sollozos y angustia estertorosa, este último grito supremo, queja y amor al mismo tiempo, postrer adiós de un corazón que se despide de una vida donde sólo halló pesadumbres, martirio y desengaño.

— ¡Fernando...!

— ¡Clemencia!, dijo á su vez el joven estrechando á aquella pobre moribunda contra su despedazado corazón.

Y los jóvenes confundieron durante algún tiempo sus sollozos.

Don Esteban y Gil Gómez, de pie junto á la puerta, permanecían silenciosos.

El Doctor lloraba cerca del lecho de su hija.

Era un espectáculo que hacía pedazos el corazón, el de aquellos jóvenes abrazados llorando, con el llanto que se de-

rrama al terminar una larga y dolorosa ausencia y con el que se vierte al despedirse.

Era una ironía horrible, aquella alegría que debía causarles la dicha de volverse á ver, y aquel pesar del adiós para la eternidad.

Era espantoso el sarcasmo! Era un joven lleno de vida, de esperanzas, de arrepentimiento, que venía á encontrarse con el alma de su alma, moribunda, doliente, suspendida entre la tumba y la tierra, entre la vida y la eternidad, entre el cielo y el mundo, entre Dios y el hombre.

— ¡Un sepulcro por tálamo nupcial!

— ¡Sollozos por palabras de ternura!

— ¡Silencio de pesar, por dulce recogimiento de placer!

— Clemencia, ¿me perdonas todos los sufrimientos que con mi ingratitud he podido causarte?, ¿alma mía! exclamaba Fernando ahogada su voz por sus gemidos.

— ¡Yo te perdono!, dijo solemnemente Clemencia, reuniendo todos sus esfuerzos para proferir estas últimas palabras, elocuente historia de su vida y de su corazón.

Y arrancándose de los brazos de Fernando, cayó pesadamente sobre el lecho.

Una hora después comenzó la agonía

de Clemencia, agonía tranquila como su vida.

Su respiración de desigual pasó á uniforme, como si el aire no penetrando ya en los pulmones, comenzase la asfixia poco á poco.

De cuando en cuando entreabría sus ojos ya opacos y los volvía al sitio en que Fernando, pálido, desencajado, con la mirada fija sobre su pálido rostro, llorando en silencio, la veía irse muriendo lentamente.

Otros momentos al sentir entre las suyas las manos de su padre, las estrechaba débilmente.

A veces un quejido triste y débil se exhalaba de su oprimido pecho, últimos signos del sufrimiento.

El Doctor, tranquilo, anonadado, con ese anonadamiento del dolor que nos impide llorar y nos convierte en una especie de idiotas insensibles, á fuerza de sentir, miraba á su hija con una fijeza espantosa y sombría, como la de un loco.

Don Esteban veía alternativamente á su hijo, á la moribunda y á su amigo, intentando en vano arrancarles de aquel lecho á que el dolor les atraía con un horrible magnetismo.

Gil Gómez se había dejado caer abatido y silencioso sobre un sillón.

No se oía más rumor que el de la pé-

ñola del reloj, que contaba implacable los momentos con una espantosa uniformidad, la imperceptible respiración de la moribunda y los comprimidos sollozos de los circunstantes.

Fuera de la habitación se escuchaban las voces de los criados que iban y venían, y el gemir del viento que se estrechaba sollozando entre las vidrieras.

Derrepente el Doctor exhaló un doloroso gemido y cayó entre los brazos de Don Esteban, que corrió á él apresuradamente arrancándole del lecho.

Fernando lanzó otro grito, levantó entre sus brazos á Clemencia, la besó en la frente, llevando sus heladas manos contra su pecho, y llamándola con los nombres más tiernos.

Pero la joven no respondió, no hizo un movimiento, y su pálida cabeza cayó pesadamente sobre el lecho.

¡Estaba muerta!

En un segundo había atravesado ese misterioso camino, que va de la vida á la eternidad.

Sus labios se entreabrían por una sonrisa, sus ojos abiertos estaban fijos en el cielo, y una de sus manos colgaba fuera de la ropa del lecho.

El Doctor, apoyada su cabeza sobre el pecho de Don Esteban, lanzaba desgarradores gemidos.

Fernando, abrazado con Gil y Gómez, lloraba con dolorosa desesperación. Un criado cubría con sus mismas ropas la pálida cabeza de la muerta, después de haber cerrado sus ojos. Fuera, la misma tranquilidad, la misma calma, la misma indiferencia del mundo.

Más adelante volveremos á encontrar en otras circunstancias, á algunos de los personajes de esta historia.

Fernando miró otro rato tristemente sus brazos á la izquierda, la boca en la frente, la grande sus bellos, mirando contra su pecho y hundida en los brazos sus brazos. Pero la joven no respondió, no hizo un movimiento, y su pálida cabeza cayó pesadamente sobre el pecho. Estaba muerta. En un segundo había pasado de un estado sublime que era la vida á la eternidad. Sus labios se entreabrían por una sonrisa, sus ojos abiertos estaban fijos en el cielo, y una de sus manos, colgada fuera de la ropa del lecho. El torso reposaba en el brazo del punto de Juan Esteban, lanzada hacia atrás.

